

UNA REFLEXIÓN DESDE LA FE SOBRE LA CIENCIA Y LA CULTURA ACTUALES

Desarrollaré esta charla en cinco puntos. Un punto de partida y otro de llegada, más otros tres que formarán en centro de ella.

1º Punto de partida

Antes que afrontar las grandes transformaciones a las que asistimos a veces perplejos, antes que discernir las corrientes culturales emergentes, antes de considerar las graves cuestiones éticas implicadas en el progreso científico y en la revolución tecnológica - especialmente en los campos cruciales del *bios* y de las comunicaciones-, antes de toda reflexión sobre el diálogo fe, ciencia y cultura, antes de elaborar líneas y estrategias de actuación, antes que todo eso -¡con ser importante!- hemos de ponernos frente a la presencia de Jesucristo con la misma realidad, con la misma actualidad y novedad, con el mismo poder de afecto y persuasión que tuvo su presencia hace más de 2000 años para sus apóstoles y primeros discípulos, y que cambió el curso de la historia...

Si hace más de 40 años el Concilio Vaticano II se hacía la pregunta: “*Iglesia, ¿qué dices de ti misma?*”, quizás hoy, en tiempos de impetuosa des cristianización, Cristo nos plantea –como lo hizo a sus primeros seguidores- cara a cara y a cada uno de nosotros esa misma pregunta en forma todavía más radical: “*Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?*”. Y ello para que confesemos, adhiriéndonos al testimonio de los Apóstoles y sus sucesores, al testimonio de los mártires y de los santos, desde el *sentido de la fe* del pueblo de Dios: “*Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios viviente*”. El resto, todo el resto viene por consecuencia, por añadidura.

Centro de la charla

2º La verificación de nuestra fe plantea también otras preguntas y respuestas: la confesión cristiana, o sea, que Cristo es el Lógos del Padre, el *Redemptor Hominis* y el

Señor de la historia. Esa confesión, ¿qué tiene que ver con el conocimiento de la realidad?, ¿qué tiene que ver con las diversas dimensiones de la vida y del trabajo profesionales?, ¿qué tiene que ver con las ciencias naturales y humanas, con las tecnologías, con la reflexión filosófica, con la creación artística?, ¿qué tiene que ver con el desarrollo material y económico de los pueblos? ¿qué tiene que ver con la convivencia política y social?

Son preguntas importantes, pues podemos comportarnos de hecho como si Dios no existiese. El cristianismo es impensable reducido a retazos de tradición, a creencias cada vez más subjetivamente selectivas de algunos principios doctrinales y morales, a ciertos gestos rituales, a fragmentos y episodios de la propia existencia, que sólo influyen marginalmente en nuestro modo de vivir y trabajar, de convivir y de educar, de concebir y comprender, de afrontar toda la realidad.

Los cristianos somos en la actualidad muchas veces atacados o poco tolerados; otras, - las menos- halagados. El cristianismo en nuestros días queda asimilado a una mera preferencia subjetiva relegada al ámbito de lo privado, de lo opinable -últimamente irracional- en el supermercado cultural en el que todos los productos -también los intelectuales- se equivalen y se intercambian.

Sin embargo, cómo no tener presente como cristianos, que Jesús de Nazareth fue el único hombre en la historia que tuvo la osadía de llegar a decir: *“Yo soy la Verdad”*. No una elucubración intelectual ni un razonamiento filosófico. “Yo soy la Verdad”. “Yo”, la verdad del cosmos y de la historia. “Yo”, la clave más radical y total de la realidad porque en Él todo consiste y subsiste. “Yo”, el sentido y destino de toda existencia humana. Ante tal afirmación, no hay otra alternativa que considerarla como la pretensión de un loco o reconocerla como sorprendentemente verdadera.

3º. ¿Qué hacemos? Observemos con algún detenimiento a nuestro alrededor. ¿Qué vemos en nuestra cultura? El riesgo de ir quedando capilarmente conformados por la cultura dominante en la actual sociedad del consumo y del espectáculo, en su actual nihilismo *soft*: un vivir sin fundamentos, sin significados últimos, sin esperanzas fundadas.

En los años cincuenta del pasado siglo, Romano Guardini profetizó que “la soledad de la fe será tremenda y el amor desaparecerá de la conducta general”. Y lo decía en una época de aparente predominio cultural del cristianismo en Europa; el teólogo italo-alemán explicaba que, desde los inicios de la Edad Moderna, ha existido la pretensión de conservar los llamados “valores cristianos”, pero desarraigados del hecho que los había generado, es decir, del acontecimiento cristiano. Ese es el espejismo que ahora se nos desvanece totalmente.

¿Acaso no funciona la cultura actual como una gran máquina de *divertimento*, de distracción, de banalización de la conciencia y de la existencia de la persona, que margina o hasta censura los interrogantes más capitales del corazón del hombre, que anhela verdad, justicia, felicidad, razones fuertes por las que valga la pena vivir y empeñar toda la vida?

Pero el corazón de la persona y la construcción de una cultura más humana requieren mucho más. Hay que rescatar y cultivar la razón más allá de las derivas del pensamiento débil, la razón intrínsecamente abierta y tendida al misterio, movida por un insuprimible anhelo por la verdad, con la curiosidad y estupor sin confines que suscitan las maravillas de la creación, apasionados por la dignidad de la persona, por el destino del propio pueblo, por la búsqueda de soluciones siempre más humanas en todos los campos de la construcción social, intelectual y cultural.

La “anticultura”

Como dijo Juan Pablo II más de una vez, es un hecho que vivimos inmersos en una “anticultura” o “cultura de muerte”, situación que ciertamente no responde al designio divino para el ser humano ni para su convivencia social. Ya en su tiempo, Pablo VI, contemplando la situación del mundo se preguntaba: “¿Dónde no llega hoy el océano de la incredulidad, de la indiferencia, de la hostilidad?” Unos veintiún años después, el gran Juan Pablo II hará referencia a lo que llama la “diáspora cultural de los católicos”. Como decía Peguy, a nosotros nos está tocando vivir, quizás por primera vez desde hace muchos siglos, en una ciudad sin Cristo, más aún, en una ciudad y una cultura que con

frecuencia se construyen contra Él. Y eso no puede dejar de tener consecuencias históricas concretas: la deshumanización, la violencia, la corrupción, la arbitrariedad del poder,...

El agnosticismo funcional, el relativismo galopante, la gravísima crisis sobre la verdad, la adhesión a teorías e ideologías que conducen a la construcción de una “anticultura”, de un mundo que, dando la espalda a Dios, se convierte en una amenaza para la realización de la persona humana, no es un asunto ante el que se pueda huir en la falaz ilusión de protegerse marginándose de la sociedad en una especie de gueto o bunker, creyendo que con ello desaparece el grave desafío de este “mundo” y de esta “diáspora cultural”. Más bien esa realidad trágica habla alto y fuerte de la necesaria renovación de la vida cristiana y constituye un enérgico aldabonazo que aleja todo optimismo fácil, todo triunfalismo con el cual se pretende ocultar lo que está pasando. Más bien tal situación trae a la mente otras palabras del Papa Pablo inspirándose en el Apóstol de Gentes: “Evangelizar no es para nosotros una invitación facultativa, sino un deber acuciante (...).”

4º. Ello requiere humildad, rigor y excelencia en el saber, un diálogo cultural interdisciplinario que esté muy abierto a la relación con todo y con todos, y con el significado de todo. Vale bien aquella definición de *crítica*, la mejor, que ha dejado el Apóstol Pablo: “*Examinadlo todo y quedaos con lo que es bueno, con lo que es bello, con lo que es verdadero*”.

Como católicos no estaremos a la altura de esta ingente tarea si seguimos siendo víctimas de cierta incomunicación entre la fe y la cultura -el divorcio que es drama en nuestra época, al decir de Pablo VI-, entre la teología y las ciencias, entre una cultura popular de substrato y tradición católica (a veces ya bastante erosionada y homologada) y ambientes intelectuales cada vez más secularizados, por no decir completamente hostiles.

Repitémoslo: todo auténtico trabajo cultural de los cristianos de hoy se despliega sólo desde una renovada adhesión a la Persona de Jesucristo -a sus enseñanzas, transmitidas por la gran tradición católica-, al acontecimiento que ilumina la consistencia, el sentido

y el destino de toda la realidad y en especial toda la vida de la persona y de la historia humana.

El cristianismo es una nueva percepción, un nuevo conocimiento de la realidad; realidad cuyo fundamento y finalidad se encuentran -escribía el entonces Card. Ratzinger- en la unidad del amor y la razón. Pero esto no se trata sólo de declararlo, sino de demostrarlo y vivirlo –exigencias de arduo trabajo-, valorando toda auténtica búsqueda del saber y guiando la inteligencia hacia soluciones plenamente humanas. Hagamos –decía Pío XII- un “mundo más humano” si queremos construir un “mundo mejor”, un mundo más cristiano.

Y 5°. Punto de llegada

Hay una cuestión capital hoy en la transmisión de la fe, en tiempos en que la capacidad del *tradere* de la Iglesia aparece debilitada. La fe no sólo vivida como un *feeling* confortable en medio de las tempestades de la vida, sino una fe que sepa darse sus propias razones, que confronte, alimente y guíe la experiencia subjetiva de quien la profesa, con los datos objetivos de la doctrina de la Iglesia, que crece en esa experiencia de la persona al incorporar todos los tesoros de la tradición y que se convierte en luz y energía de cambio – de “conversión”- de la propia existencia e inteligencia de toda la realidad.

Ninguna de estas tareas sería posible, sin un sujeto que la lleve a cabo. Elaborar estrategias y programas de actuación sin la consideración realista de los sujetos es tentación burocrática y de intelectualismo etéreo e impotente. Cada uno de los católicos estamos llamados en persona a ello. Pero no es cuestión de sólo francotiradores dispersos. Se requiere la *plantatio* de la Iglesia en la sociedad por medio de comunidades vivas de personas creyentes.

Ciertamente nos esperan muchas batallas culturales y políticas, y habrá que librarlas del modo más inteligente y eficaz que sepamos, pero nuestro verdadero problema hoy, ese del que con increíble frivolidad solemos con frecuencia prescindir, consiste en generar un pueblo que haga experiencia de la fe como plenitud y satisfacción humana, y que,

por tanto, esté siempre dispuesto a vivirla al aire libre –no en “círculos cerrados”-, dando a todos razón de su esperanza. Sólo en un pueblo así se pueden hacer carne los llamados valores cristianos, sólo allí puede realizarse una verdadera educación que genere personalidades preparadas capaces de actuar en el mundo y de sostener un diálogo crítico con la cultura; sólo de esa comunión visible pueden nacer gestos de caridad estable que interroguen a los hombres de esta época. No por casualidad, Benedicto XVI eligió recientemente la gran aventura de los monasterios benedictinos para explicar la gestación de la cultura occidental en su magno discurso a los intelectuales franceses. Aquellos monjes no diseñaron una estrategia para conquistar el poder político o cultural, ni era ese su objetivo. Tampoco lo era construir un modelo de estructura cultural. Se reunieron para ayudarse a vivir la fe según la totalidad de sus dimensiones y sólo así, con la paciencia de siglos -uno a uno- cambiaron Europa.

Nos hacemos eco, pues, del llamamiento que ya planteara Juan Pablo II, referido a los laicos católicos en especial, para que no dejemos de estar consciente y originalmente presentes en los puestos privilegiados de la cultura, como son la escuela y la universidad, los ambientes de la investigación científica y técnica, los lugares de la creación artística y la reflexión humanista, los ámbitos de la economía y la política para vivir en tales areópagos la propia vocación cristiana y dar testimonio de Cristo. De esa forma, afrontaremos las grandes cuestiones y los desafíos contemporáneos a la luz de la razón y de la esperanza que nos ha sido dada, puesto que “la fe todo lo ilumina [... y] orienta la inteligencia hacia soluciones plenamente humanas” (*Gaudium et spes*). Aunque se viva en una época de desorden, no hay que dejarse abatir por el desaliento; en el séptimo canto del *Infierno* Dante encuentra un tipo particular de pecadores: los que sufren de depresión, que le confiesan: “Fuimos tristes en el dulce aire que del sol se alegra”.

Ricardo Velilla Barquero

25 DE Marzo de 2009

